



Eugenio Santiago, 77 años.
Laura Casielles Hernández, 19 años.

Las casas de enfermo de Eugenio Santiago

La primera vez que Eugenio Santiago se puso enfermo –enfermo, enfermo, de eso de temor por la vida y de meses en cama-, dejó a medias una obra. Por entonces se dedicaba a la carpintería, y andaba liado con la reforma de una casa en la Avenida de la Concepción. Cuando le dijeron que aquello de la revisión se iba a alargar un poco y le prepararon cama en el Hospital del Rey, no le quedó otra que llamar a un amigo para que le pusiera punto final a la tarea, en su ausencia.

La cuestión no es baladí. Si hay vidas que se miden por amores, por viajes, por hijos; la de Eugenio bien podría medirse por casas. Casi setenta años en Madrid le han dado para varias. La habitación con derecho a cocina que alquilaba por cincuenta pesetas un sargento de Sanidad. La chabola que construyó en el Tejar de Sixto, justo en el trozo de suelo que pisa la base de lo que hoy es el Pirulí. Un piso en Moratalaz. Un bajo de alquiler en Peñagrande – “antes era un bar de esos golfos”, cuenta entre risas, “pero los obligaron a cerrarlo. Tuve que cambiarlo todo, imagina... quitar la barra, poner tabiques...”- que hoy quiere comprar una constructora pero él no piensa ceder si no es a cambio de una buena indemnización.

Así que cuando, entre casa y casa, descubrió que le iba a tocar vivir unos meses, por variar, en un sanatorio, eso de dejar a medias la obra del hogar de otro era casi la salvaguarda –supersticiosa salvaguarda- de que saldría de allí y bien curado, aunque fuera sólo por poder verla acabada.

El caso es que la mañana del 14 de junio de 1980, Eugenio tenía cita con el médico. Cuestión rutinaria. Pero cuando le hizo su revisión, el doctor Rey llamó a una enfermera: “preparad una cama”. Y ya no le dejó salir. Por cuatro meses, la casa de este hombre iba a ser el Sanatorio Victoria Eugenia, edificio del Hospital del Rey dedicado al reposo de los enfermos de tuberculosis.

Esa casa amarilla, con grandes terrazas y balcones, situada en medio de un bosquecillo que oculta, al Norte de Chamartin, la realidad urbana, con sus prisas y sus humos, en un remanso de calma sin duda adecuado para quien tuviera algún pulmón que curar, es hoy la sede del Museo Nacional de Historia de la Sanidad. El color sepia y el aspecto legendario de las fotos y los aparatos que alberga dotan de un halo de irrealidad, de cuento antiguo, a los males y las curas de los que habla, como éste de la tuberculosis. Que, además, ha sido siempre una enfermedad muy novelesca. A Eugenio siempre le ha encantado el teatro, el cine. “En los cuarenta, no me perdía un estreno.” A lo mejor por eso le tocó una enfermedad tan de heroínas bohemias cayendo muertas en buhardillas de París; tan La Bohème, tan Moulin Rouge.

En el siglo XIX, las toses y fiebres de la tisis eran uno de los grandes fantasmas sanitarios, sobre todo desde que Koch revelara su carácter infeccioso, contagioso por tanto. A principios de siglo, causaba en España unas doscientas muertes por cada cien mil habitantes. En los 80 –cuando Eugenio enfermó-, apenas cuatro por cada cien mil. Hoy está prácticamente erradicada, existen vacunas, tratamientos –aunque la pobreza, la droga y el SIDA, la traen de vuelta en muchas partes del mundo; y la inmigración nos acerca su realidad-.

La enfermedad que asusta en estos tiempos es más bien el cáncer.



Y a Eugenio Santiago, para bien o para mal, le gusta ir con los tiempos: la segunda vez que tuvo por casa un hospital, el diagnóstico era cáncer.

Había salido tranquilo del Hospital del Rey, en el invierno del 80. Tras cuatro meses en cama, sin poder, por la fiebre, salir siquiera a los jardines donde otros internos pasaban el rato confiando en los poderes curativos del sol. Vio pasar por la cama vecina a tres compañeros distintos, que se fueron antes; se aburrió de que las enfermeras le mandaran siempre volverse a acostar. Pero nunca dudó que fuera a curarse. Y se curó: "se conoce que no me tocaba".

Cuando volvió a la cotidianeidad de la vida de fuera, "nada había cambiado", dice, pese al lapso de esos meses "todo seguía exactamente lo mismo". Pero para él, sí, un poquito. Le esperaba un año de revisiones; un proceso lento para desprenderse del malestar y volver a trabajar, a viajar, a llevar la vida activa que nunca ha abandonado del todo. Así que volvió al bajo de Peñagrande, el bar amueblado por él donde tenía a su compañera Carmen y a su taller y a sus costumbres.

Pero la fortuna deparaba que, veinte años más tarde, su casa provisional y forzosa volviese a ser un hospital.

Como los tiempos cambian, todo fue diferente. Esta vez, cuando, al verle una herida en la boca, su dentista decidió que mejor que sacar una muela sería echar un vistazo, a donde le mandó fue a La Paz.

Apenas a unos cientos de metros de aquel Hospital del Rey, La Paz que Eugenio se encontró en el 2002 era otra cosa muy distinta. No había arbolitos ni terrazas; no había esa idea de reposo ni de calma. Lo que había eran excavadoras de eternas obras alrededor, muchos carteles para orientarse por el laberinto de sus enormes pabellones. Un hospital para los males del mundo moderno.

Aun así, para Eugenio la historia se repitió con inusitada fidelidad. Fue tan tranquilo, pero, biopsia mediante, le dijeron que en menos de dos semanas lo llamarían, y a operar. Tampoco esta vez contaba con ello, porque nunca se cuenta con estas cosas: "mal sí que estaba... no comía, tosía mucho... pero eso no me lo esperaba".

Apenas pasó un mes en el hospital, pero cuenta que fue mucho peor que el otro. Entre la propia enfermedad y la radioterapia que vino luego, cuando salió apenas podía andar. Ni comer, ni beber. Además, apunta, tras la operación había pasado mucho tiempo inconsciente. Aun así, en cuanto le quitaron los puntos, lo mandaron a casa, con una enfermera. "Allí no cabe nadie".

Cuando entró en el hospital en esta segunda vuelta, no dejó, como antaño, trabajo a medias. Seguía dedicándose a la carpintería, haciendo obras para las casas de otros, pero acababa de terminar un encargo, le habían pagado, estaba libre. Sin embargo, las líneas de continuidad de las historias siempre siguen su curso.

Unos años más tarde, cuando los malos tiempos volvían a verse atrás y lejos, la muerte de su compañera le dejó solo en la casa. Con tan mala suerte que, a los pocos meses, a Eugenio se le partió una cadera.

Una vez más, la enfermedad supuso un cambio de hogar. Para nada dispuesto a que seguir viviendo a su aire le costara sustos en casos como aquel, no tuvo problema en irse a vivir a una residencia. Pasó por varias, hasta instalarse en la que le acoge ahora, otro de esos edificios donde tomarse la vida con calma, inmersos en bosquecillos que hacen un poco más verdes los paseos por Madrid.



El caso es que, desde que saliera por última vez del hospital, Eugenio Santiago no había vuelto a trabajar. La enfermedad no lo había dejado con muchas fuerzas. Pero para él, que siempre había tenido por máxima no dejar en ningún momento de hacer cosas, eso no podía ser sino una pausa, como la pausa de la casa que acabó el compañero la primera vez que enfermó.

Por eso, hoy pasa los ratos libres tallando joyeros, especieros, cajitas. De todos los oficios que desempeñó en casi ochenta años de existencia, la carpintería es su favorito. Por eso antes hacía casas. Por eso ahora hace de su cuarto su casa a base de cajitas.

Se llama simplemente optimismo. O tal vez ilusión. "Yo soy muy así... no sé... me acomodo, me acomodo a cualquier cosa". Cuando enfermó, la primera vez o la segunda, no se le vino el mundo encima. Se limitó a hacer lo que le mandaban –"y más", apunta-, a entender que más valía coger de frente lo que fuera que hubiese.

Optimismo. Mirando atrás, a sus enfermedades, Eugenio tiene optimismo también por otro motivo. "Yo fumé el último cigarro de mi vida media hora antes de entrar a la consulta aquel catorce de junio. Ya nunca más". Había fumado de siempre: tabaco de picadura y farías. Desde los diez años, porque la madre del que era su amigo tenía un estanco, y mientras la ayudaban a cubrir cartillas de racionamiento, se aficionaban a los cigarros. "Ojalá lo hubiera dejado mucho antes", afirma. Así que la nueva ley sobre el tabaco le parece estupenda.

Aunque en el bar donde toma un par de cañas cada mañana sí que siguen permitiendo fumar, él dice que lo prohibiría hasta en la calle. Y se ríe a carcajadas, mientras guarda en una bolsa de plástico las cajitas, los joyeros, los marcos, que talla en la misma madera en la que siempre se las apañó para tallar sus casas.

Lo importante de la vida

Justo ayer, me cuenta Eugenio, le tocó por la mañana ir de oficinas para ver qué había dejado su compañera Carmen cuando murió, si había alguna herencia. Y no, me cuenta riéndose, no había ni un papel: que no tenía nada... ¡qué iba a tener, si vivíamos al día!

Yo he ganado dinero, pero me lo he gastado, he disfrutado todo lo que he podido. Iba mucho al teatro, al cine... Y luego los viajes. Con mi compañera, nos recorrimos toda España, con una peña. Cada parte tiene su cosa, ¿sabes? Para comer, al Norte. Yo tenía una furgoneta, con un colchón atrás para dormir. Los domingos, cogía la furgoneta y decía: "¡móntate, Carmen, que nos vamos!" Adonde fuera.

¡A usted lo que le gusta es pasarlo bien, Eugenio!

Claro que sí. Me ha gustado siempre. He tenido suerte, porque he hecho de todo y nunca he estado parado. Decir "hoy no tengo nada que hacer", eso no puedo. Siempre he tenido un agujero donde meterme. Lo importante es no perder el tiempo. A veces se queda uno así en un rincón. Muchas veces en la vida no tienes sociedad con nadie, y eso te acorrala un poquito. Hay que darles salida a las cosas.

¿Y cuando vienen mal dadas? Complicada, la vida nunca es. Lo que pasa es que hay que arreglárselas de alguna manera. Según sea la situación, aguantarla... El estoicismo de Eugenio no es ficticio. Setenta y siete años de historia demuestran que



nunca se le ha venido el mundo abajo. Con la calma por bandera ha salido casi ileso de enfermedades y pobrezas, de desamores y desarraigos. Además, la tranquilidad es genuina. Personal. Nada de religión para apoyarse: cuando acabó la guerra, su madre pasó siete años en la cárcel, contaba unas cosas de los curas... he visto muchas cosas de la Iglesia que no son como para creer, ¿no? Y de política, lo justo, nunca me he metido... lo sigo, porque hay que saber, y soy socialista hasta el hueso, nunca cambiaré, pero hay tantas cosas que hacen tan mal... No se casa con nadie. Una vez lo hizo, con su novia de siempre, y no salió muy bien. Luego conoció a otra mujer, pero ni la familia ni los amigos parecen ser la clave de la sonrisa de Eugenio. ¿Amistades? Claro, uno tiene... en el trabajo, los vecinos... los de la peña, sí... claro, claro que algunas duran bastante...

¿Y oiga, si tuviera ahora veinte años? ¡Veinte años! ¡Quién los pillara! Verás, la juventud de ahora es muy diferente a la de antes... La juventud de antes no podía ir a un bar a tomar una caña de cerveza... Estaba falta de todo, falta de comida, falta de vino, falta de mujeres como las que hay. Un diferencia muy grande, muy grande. No podía uno pensar en nada, no tenía tiempo.

Se ve que les hemos quitado la mesa a los jugadores de tute, pero el compañero de cuarto de Eugenio viene a anunciarnos que no les importa. Le hace muchísima gracia que haya una periodista por allí. "Lo que hace falta es esfuerzo y que te sepas mantener en tu puesto", aconseja.

Exacto, asiente Eugenio según se va. Lo que tienen mérito son las cosas difíciles. Las fáciles, las hace un tonto.

Yo todavía no he dicho: esto no sé hacerlo.
Uno tiene noción de todas las cosas.